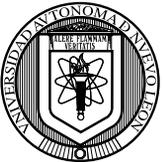


Revista de Ciencias Sociales

# Transdisciplinar

Vol.1 Núm. 1 Julio-Diciembre 2021



UANL®

CENTRO  
ESTUDIOS  
HUMANÍSTICOS

# Transdisciplinar

## Revista de Ciencias Sociales

Fronteras vitales en la frontera: Monterrey, cuerpo y  
miedo de habitar

Vital borders on the border: Monterrey, body and  
fear of inhabiting

Marissa Rodríguez Sánchez  
Universidad Autónoma Metropolitana  
<https://orcid.org/0000-0002-3465-2977>

Fecha entrega: 05-5-2021 Fecha aceptación: 13-7-2021

**Editor:** Beatriz Liliana De Ita Rubio. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

**Copyright:** © 2021, Rodríguez Sánchez, Marissa. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/transdisciplinar1.1-3>

Email: [marissardz@gmail.com](mailto:marissardz@gmail.com)

## Fronteras vitales en la frontera: Monterrey, cuerpo y miedo de habitar

### Vital borders on the border: Monterrey, body and fear of inhabiting

Marissa Rodríguez Sánchez.<sup>1</sup>  
[marissardz@gmail.com](mailto:marissardz@gmail.com)

**Resumen:** Se presenta un análisis etnográfico enmarcado en la antropología de las emociones bajo una perspectiva socioestructural, que vincula la espacialidad territorial, corporal y emocional, como espacios contruidos recíprocamente en relación a procesos sociales específicos, localizado en la ciudad de Monterrey, donde la violencia derivada de la guerra contra el narcotráfico colocó en el centro del habitar cotidiano al miedo, transformando la experiencia vital de sus habitantes en una triple frontera restrictiva de acción: emocional, corporal y territorial. Se parte de la conceptualización del cuerpo humano como una porción de espacio con sus propias fronteras, defensas y debilidades, y del entendimiento de la expresión emocional (de la cual el cuerpo humano es vehículo) como culturas afectivas. Las experiencias corporal y emocional comparten un carácter relacional, dado que siempre responden a estímulos exteriores, como es el territorio que ocupan los cuerpos humanos, en este caso de estudio, caracterizado por el aumento de la violencia en la frontera.

**Palabras Clave:** Antropología, Emociones, Cuerpo, Miedo, Territorio

---

1 Antropóloga Social

**Abstract:** An ethnographic analysis is presented, framed in anthropology of emotions, from a socio-structural perspective, that links territorial, corporal and emotional spatiality, as reciprocally constructed spaces in relation to specific social processes, located in the city of Monterrey, where the violence derived from the war against drug traffic placed fear at the center of daily living, transforming the life experience of its inhabitants into a restrictive triple border of action: emotional, physical and territorial. It starts from the conceptualization of the human body as a portion of space with its own borders, defenses and weaknesses, and from the understanding of emotional expression (where the human body is the vehicle) as affective cultures. The bodily and emotional experiences share a relational character, since they always respond to external stimuli, such as the territory that human bodies occupy, in this case study, characterized by increased of violence.

**Key words:** Anthropology, Emotions, Body, Fear, Territory

## Introducción

En términos generales para los estudios antropológicos, el interés por la dimensión subjetiva y la expresión emotiva de los individuos estuvo por lo menos implícito<sup>2</sup>. Hasta la época contemporánea, las investigaciones han profundizado en el nivel emocional de los actores sociales pues, tradicionalmente, la antropología relegó la vida afectiva al plano de las pasiones irracionales y las emociones no fueron abordadas como fenómenos relacionales hasta finales del siglo anterior.

Afirmar el carácter relacional de las emociones y considerarlas como objetos de potencial análisis para comprender las singularidades culturales, atrajo el problema, por una parte, de desnaturalizar los afectos como universales entre los seres humanos; por otra, explicar cómo son materializadas corporalmente tales expresiones o, para emplear la fórmula esgrimida por Michelle Rosaldo (1984), las emociones son “pensamientos corporeizados”, comprometiendo con ello, necesariamente, el análisis del cuerpo y de la geografía social para dar respuesta a las implicaciones socioespaciales de los afectos en distintas sociedades. La desnaturalización de las emociones

---

2 Acerca del tratamiento de las emociones en las etnografías clásicas, en las que se manifiesta implícitamente su relevancia, en las que se analizó la vida afectiva de los grupos estudiados o bien, en donde hay atisbos de reconocimiento de la dimensión afectiva como objeto de estudio social o, por el contrario, en el centro del debate se sopesaba si constituían un objeto pleno para el análisis antropológico, puede consultarse Bolaños, L. P. (2014). *El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del Siglo XX*; Bourdin, G. (2016) *Antropología de las emociones*; Calderón, E. (2012). *La afectividad en antropología: una estructura ausente*; Fernández Poncela, A. M. (2011). *Antropología de las emociones y teoría de los sentimientos*.

universales urgió entonces a una nueva desnaturalización: la del cuerpo humano.

De igual modo, desde los estudios de la geografía social, de los estudios urbanos y de ciertas geografías feministas (Lindón, 2009), la noción de “sujeto” se haya ahora indisociablemente unida y determinada en gran medida por el espacio que habita, pero también considerado como un agente activo de cambio y reestructuración de su entorno. Por lo tanto, una propuesta conceptual en este escrito, detallada más adelante, es la de abordar a los individuos analizados, como sujeto-que-habita.

En este orden de ideas, con este escrito me interesa reflexionar acerca de los vínculos entre la espacialidad territorial, corporal y emocional, como espacios construidos recíprocamente, en relación a procesos sociales violentos en la ciudad de Monterrey en los últimos años. El aumento de la violencia en México a partir de la administración de Felipe Calderón (2006-2012) derivada de la llamada “Guerra contra el Narco” de los cárteles y grupos armados, tuvo su origen en la militarización del país. El expresidente “decretó de facto un Estado de excepción, en el que las garantías de los ciudadanos quedaron suspendidas y donde las acciones del ejército se realizaron por fuera de la ley, con el argumento de resguardar la seguridad nacional” (Bautista, 2017, p.12).

El estado de guerra a partir de 2006, fue generador de prácticas y experiencias de extrema crueldad en el país padecidas por los sujetos. Es decir, las vivencias individuales tienen una localización contextual en la guerra contra el narco, pues la “violencia se exagera sólo bajo ciertas condiciones sociales y políticas, o bajo una configuración particular de las relaciones de

poder” (Pereyra, 2012: s/p). Así, se colocó en el centro del habitar cotidiano al miedo, transformando la experiencia vital de sus habitantes en una triple frontera restrictiva de acción: emocional, corporal y territorial.

Este artículo se organiza en tres momentos de análisis: en la primera parte, se ofrecen las precisiones teórico conceptuales que guían la reflexión. Siguiendo a Aguilar y Soto (2013), parto de la conceptualización del cuerpo humano como “una porción de espacio, con sus fronteras, sus centros vitales, sus defensas y sus debilidades, su coraza y sus defectos” (p. 6). Por otro lado, abordamos el problema de la expresión emocional, en el sentido propuesto por David le Breton (2012) como “culturas afectivas”. De las expresiones afectivas regiomontanas, me interesa destacar la diferenciación entre “miedo” y “temor”, tomando como referencia la conceptualización hecha por Portal (2004) y empleo el concepto de “territorialidad” para describir los nexos establecidos entre sujetos y territorio a partir de la subjetividad.

En un segundo momento, se expone brevemente el estado de la cuestión social en la ciudad de Monterrey, en referencia al aumento indiscriminado de la violencia y presencia de grupos armados en este territorio fronterizo<sup>3</sup>, producto de la llamada “guerra contra el narco”, orquestada por el gobierno del expresidente Felipe Calderón. En el mismo apartado, se explica la pauta metodológica seguida. Finalmente, se ofrece una parte del análisis etnográfico de ese estado de la cuestión con base en materiales

---

3 Nota de la editora: Fronterizo en relación a la cercanía e intercambio comercial y cultural, así como al flujo de personas que transitan entre ambos países, que a lo largo de la historia ha tenido con los Estados Unidos de Norteamérica y mantiene hoy en día.

empíricos obtenidos en trabajo de campo durante los años 2010 y 2015, así como ciertas previsiones acerca de la importancia de extender los resultados, con el objetivo de elaborar un análisis de largo aliento que responda a la realidad social regiomontana del presente.

### Guías teórico conceptuales

La tradición antropológica anclada en la separación de los mundos natural y cultural, rechazaba la comprensión de las emociones y los afectos como fenómenos inscritos en la expresión cultural; es decir, como parte fundamental y significativa de cosmovisiones particulares, como conductas arraigadas en las normativizaciones sociales o como objetos de potencial análisis para comprender las singularidades culturales. Antes bien, las emociones fueron subsumidas al mundo de lo natural y las implicaciones de la expresión emocional eran, por mucho, tenidas como individuales en su expresión, pero intrínsecas y universales en lo colectivo. Las teorías provenientes del posestructuralismo, de los estudios culturales, la sociología interpretativa, el feminismo y de los estudios de género, fueron primordiales para traer a la luz la naturaleza relacional de las emociones (Calderón: 2012) y con ello evidenciar que la expresión afectiva siempre es motivada por un agente exterior, producto de la interacción social.

Al respecto de la naturaleza relacional de las emociones, David le Breton (2012) propone el concepto de “culturas afectivas” como un saber emocional que circula de manera difusa en la sociedad y que enseña a los actores, según su sensibilidad personal, las impresiones y actitudes que deben tomar según las

vicisitudes que se imponen a su vida personal. De esta manera, al afirmar que los modos de expresar los afectos y las emociones cambian de un grupo cultural a otro, se desecha la afirmación naturalista de la universalidad de las emociones para, en su lugar, resaltar su inscripción en un sistema de sentidos y valores que son propios de cada conjunto social.

Con Michelle Rosaldo (1984), la escisión entre emoción y cognición se pone en entredicho<sup>4</sup> y abre un camino fructífero para el análisis de la vida afectiva en su carácter de socialmente construida y significada en contextos concretos. Asimismo, las teorías feministas fueron primordiales para superar el dualismo emoción-cuerpo, herencia de la hegemonía positivista, a partir de la cual, el cuerpo fungiría como una especie de alter ego del individuo. Por el contrario, entendemos al cuerpo y a lo corporal, ya no sólo como una condición connatural a la existencia humana, sino como un espacio de inscripción de lo social, como soporte del individuo, que es al mismo tiempo su frontera y su límite con el resto del mundo.

De esta manera, al ser el cuerpo el espacio que habita el individuo, es asimismo el primer lugar de demarcación geográfica con el resto del mundo, pero, tal como lo ha sugerido McDowell (2000), los límites del espacio corporal resultan permeables respecto de los otros cuerpos. Ello es así, dado que el individuo-cuerpo, como entidad espacial, se halla en una compleja relación con

---

4 Lejos de dar por concluida una discusión que permanece acerca de la relación entre los procesos fisiológicos, psicológicos, biológicos, cognitivos, entre otros, y los fenómenos afectivos, me remito a señalar elementos básicos para la comprensión de la antropología de las emociones tal como se aborda aquí.

su entorno cultural, del cual obtiene información que le orienta socialmente mientras que lo expresa de manera individual según sus características propias e historia personal. Siguiendo a le Breton (2012), los cuerpos siempre son propios y, al mismo tiempo, pertenecen a todos, toda vez que en el cuerpo aparecen los simbolismos que dan carne al vínculo social.

Supuesto lo anterior, el cuerpo es también el sitio donde se percibe la experiencia emocional como una realidad individual, empero se comprende como colectiva e indisociable del entorno cultural, social y político que las motivan. Denzin (1985, como se citó en Ariza, M, 2017), afirma que: “en estricto sentido, la emoción y la emocionalidad no se encuentran ubicadas en el sujeto o en su cuerpo, sino en la relación del sujeto con su cuerpo vivido en un contexto sociocultural dado” (p. 68). Entonces, las experiencias corporal y emocional comparten ese carácter relacional, dado que siempre responden a estímulos exteriores, como es el territorio que ocupan los cuerpos humanos.

El interés por comprender las formas en que se llevan a cabo tales vínculos entre corporalidad, emocionalidad y espacialidad, ha abierto un campo fecundo en la teoría social y en los estudios de la geografía humana. En buena medida, el análisis de la socioespacialidad se ha centrado en las ciudades, en razón de la creciente urbanización terrestre y, porque, en las ciudades, se concentra la mayor parte del ejercicio del poder que afecta al grueso de las sociedades (Lindón, 2009). En la experiencia de la espacialidad urbana, las perspectivas corporales y emocionales, resultan más complejas en concomitancia a las estructuras de la ciudad y, a través del acercamiento analítico, es posible verificar

las formas de producción y reproducción socioespacial “como obra constante de sus habitantes” (Lindón, 2009, p. 11).

Por estas razones, propongo que el acercamiento a los actores sociales que protagonizan este análisis, es decir, a regiomontanos<sup>5</sup> que vivieron en Monterrey la experiencia social, corporal y emocional que significó la guerra contra el narco, sea bajo el concepto de *sujeto-que-habita*. Toda vez que este análisis es guiado bajo los presupuestos teóricos socioespaciales, para comprender las realidades contextualizadas y demarcadas antes. Dicha perspectiva socioespacial posibilita la conjunción de una serie de transversalidades e interseccionalidades contenidas en el argumento de que “la realidad no sólo es lo material, sino también lo ideal que está intrínsecamente unido a lo material” (Godelier, 1989, en Lindón, 2009, p. 2).

Al considerar al sujeto cognoscente como sujeto-que-habita, se despliega el entramado de relaciones del actor social con su espacio, donde su agencia deriva ya no sólo del ejercicio del poder y por medio de la acción social, sino también y fundamentalmente, por las estrategias corporales y emocionales emprendidas, las cuales, lo movilizan a adecuarse subjetiva y materialmente, y a dar respuesta a las exigencias de su entorno espacial, a la vez que modifica ese entorno.

En este orden de ideas, es imprescindible reconocer la existencia de una motivación ulterior que impele al sujeto a poner en marcha el cuerpo dentro del territorio que habita al efectuar actividades, desde las más pragmáticas hasta las más extraordi-

---

5 Persona que es de Monterrey, N. L., relativo a Monterrey, ciudad de México o a sus habitantes. [Nota de la editora]

narias. El sujeto evalúa su lugar en relación a los otros y al espacio que ocupa interpretándolo a partir de los conocimientos y valores culturales con los que cuenta, el resultado de esa interpretación es la actuación volitiva impulsada por la emocionalidad que cada situación despierte en el sujeto, pero en apego a las formas en que se realizan las cosas en los contextos cultural y situacional. La actuación (o la abstención de actuar), reposiciona al sujeto en relación a sí mismo, a los otros y al territorio, transformando dialógicamente el contexto de actuación (Barbalet, 2001).

En este intercambio relacional, la cultura afectiva particular, es decir, el repertorio emocional común del grupo social, actúa como modo de afiliación a una comunidad y como modo de comunicarse (le Breton, 2012). La cultura afectiva supone un abanico de posibilidades de interacción social a través de los afectos antes que una restricción de actuación dado que, en el entramado de valores y significados atribuidos culturalmente a situaciones específicas, el grupo y el individuo siempre tienen la posibilidad de contravenir o modificar, por la razón que sea, la ejecución esperada y además, en la expresión de las emociones y en la ejecución de las estrategias corporales dentro del espacio habitado, las características interseccionales de edad, género, estatus, etnia, etc., determinan, en gran medida su ejecución.

Por lo tanto, de los estudios de la socioespacialidad, considero muy pertinente el concepto de “territorialidad” para comprender las conexiones dadas a partir de las particularidades de los territorios que habitan los sujetos, su subjetividad y las estrategias corporales que ejecutan, ya que la territorialidad refiere a aquel vínculo que une al sujeto con su lugar, a través de

un lazo emocional. La territorialidad “resulta una entrada analítica relevante para las geografías de la vida cotidiana, ya que su potencialidad está en su carácter integrador, muy próximo a la totalidad denominada experiencia espacial” (Lindón, 2006: 384).

El caso que aquí interesa comprender, es de qué manera la territorialidad regiomontana llegó a adquirir significación a través del miedo experimentado por los actores sociales y de qué formas los individuos adecuaron sus cuerpos, sus desplazamientos y sus formas de habitar Monterrey en un contexto de violencia. Afirmamos con Alicia Lindón, que:

[...] se produce, por un lado, una simbiosis entre el lugar y el sentido del miedo. Y por otro, los sujetos que experimentan miedo en el lugar, viven su cuerpo como prolongación del lugar significado por el miedo. Así el miedo no sólo da sentido al lugar sino también se corporiza. De esta forma, el lugar y el cuerpo se constituyen en objetivaciones del miedo (2009, p. 10).

El miedo es una emoción compartida entre animales humanos y no humanos, no obstante, su cualidad es la consciencia introspectiva que implica en los primeros. La capacidad de pensar acerca del miedo experimentado situacionalmente y acerca de los agentes que lo provocan, atrae la consciencia sobre sí mismo, de su ubicación social (poder, estatus), de su ubicación espacial (un lugar seguro, un lugar riesgoso), así como la interpretación de los peligros o sanciones que conlleva ese intercambio relacional. Que los riesgos sean reales o inmotivados, inminentes o ficticios, es asunto meramente contingente, pues ello no interviene en la realidad del miedo experimentado por los sujetos.

De la misma manera, el hecho de que el miedo sea una emoción universalmente compartida entre los seres humanos, no mengua las características específicas de expresión que adopta en cada espacio sociohistórico, pues al ser de naturaleza relacional, el miedo no es explicable sin contexto ni es independiente de los actores sociales. Finalmente, se habrá de destacar la diferencia entre las emociones de *miedo* y *temor* para lo cual empleo la explicación de Mariana Portal (2004) al respecto, donde el miedo es un sentimiento que no tiene objeto definido, mientras que el temor sí lo tiene. Desde su perspectiva, el proceso de adjudicar al miedo un referente:

que permita nombrarlo, significarlo, prevenirlo y controlarlo, implica la ejecución de tres mecanismos esenciales: un mecanismo de sobrevivencia que protege a los sujetos, un mecanismo de desarrollo que los impulsa a actuar y un mecanismo de conciencia identitaria que requiere del marcaje de las fronteras entre el *yo* y *los otros*, para ejecutar la acción (p. 2).

Lo relevante para el análisis antropológico, es la significación que los sujetos le dan a la emoción, pues para que se logre la intelección social del miedo una vez expresado por un individuo, las propiedades que denota deben pertenecer al repertorio emocional común del grupo social, es decir, a su cultura afectiva particular.

## El estado de la cuestión social y metodología

Durante el sexenio 2006-2012, Felipe Calderón declaró la guerra contra el narcotráfico para “limpiar el país” y reducir la inseguridad para la población en general. Como medida principal, llevó

el ejército a las calles para combatir los grupos criminales que en ese momento estaban bien identificados en dos bandos: el Cártel del Golfo y el de Los Zetas en disputa por las plazas más valoradas para la distribución y transporte de drogas.

Uno de los lugares donde más rápidamente se implementó, fue en el Área Metropolitana de Monterrey<sup>6</sup>. Paradójicamente, para sus habitantes de esa época, la violencia se comenzó a vivir en toda su realidad precisamente a partir de “la limpieza” de narcos. La vida cotidiana en Monterrey se vio trastocada subrepticiamente. A la presencia de convoyes de militares armados que circulaban por toda la urbe desde el 2007, se sumaron más tarde, en los camellones de las avenidas principales, imágenes de cartón de soldados con armas, con la irónica finalidad de ofrecer tranquilidad a los habitantes. Los medios de comunicación anunciaban a diario sobre combates urbanos entre autoridades y grupos criminales, sobre enfrentamientos armados entre cárteles, sobre cuerpos destazados, cabezas humanas arrojadas a la vía pública y un sinfín de prácticas de violencia extrema. Las conversaciones cotidianas entre los regiomontanos versaban en torno a las noticias y a las experiencias de primera o segunda mano sobre la violencia, sobre el miedo y la zozobra por la incompreensión de los sucesos.

A catorce años de iniciada “la guerra”, aún prevalece el desconocimiento de cifras reales de heridos, muertos y desaparecidos; de los perpetradores de los actos violentos y de la suma

---

6 El Área Metropolitana de Monterrey AMM está conformada por 13 municipios: Apodaca, Cadereyta, El Carmen, García, San Pedro Garza García, Escobedo, Guadalupe, Salinas Victoria, San Nicolás de los Garza, Santa Catarina, Santiago y la cabecera municipal, Monterrey.

total de los “daños colaterales”, por usar la expresión eufemística común. Las estadísticas siempre son aproximadas y deben tomarse con precaución, sin embargo, algunos datos, resultado de estudios hechos por el Centro de Investigación y Desarrollo Económicos (CIDE, 2017), dan un panorama general de la situación:

Los grupos del narcotráfico crecieron más de un 900% durante la administración de Felipe Calderón Hinojosa [...] En ese mismo sexenio se disparó por arriba del 2000% la tasa de civiles muertos en enfrentamientos entre autoridades y presuntos delincuentes (CIDE, 2017, como se citó en <https://www.animalpolitico.com/2017/02/grupos-criminales-aumentaron-900-la-guerra-narco-calderon/>, Párr. 2-3)

Se estima, según registros oficiales sistematizados por Rosen y Zepeda (2016), que las llamadas narcoejecuciones, fueron en claro ascenso de 2007 a 2011, año en que los actos violentos alcanzaron su punto máximo. Sólo entre diciembre de 2006 y noviembre de 2012 ocurrieron unas 26 mil desapariciones forzadas y por lo menos, fueron encontrados 10 mil cuerpos en narcofosas. Por lo tanto, sólo durante el sexenio de Calderón, se estiman más de cien mil muertes. Y, aunque entre 2012 y 2014 los actos violentos relacionados con el narcotráfico disminuyeron, volvieron a aumentar en 2015 y 2016 (pp. 57-59).

Para el caso de Nuevo León y particularmente de la población concentrada en el Área Metropolitana de Monterrey (AMM), Séverine Durin (2012) habla de un primer “éxodo dorado” de regiomontanos con un alto poder adquisitivo hacia Texas desde mediados de 2008, disparándose en los años subsiguientes en un desplazamiento forzado hasta conformar un 70% de regio-

montanos del 100% de migrantes mexicanos en Texas. Asimismo, afirma, 76 mil 153 personas se fueron de Monterrey sólo durante el 2010 hacia otras ciudades del país (52% más que en 2005), principalmente a Playa del Carmen, Mérida y Guadalajara.

Según la Séptima Encuesta Nacional sobre Inseguridad realizada por el INEGI en septiembre de 2010, la percepción de los regiomontanos respecto de la inseguridad se elevó: mientras en 2004, 41% de la población consideraba vivir en un territorio inseguro, en 2010 la cifra creció al 82%. Al comparar este estudio con el realizado en 2008 por el Instituto Ciudadano de Estudios sobre Inseguridad, la ciudad escaló del décimo al cuarto lugar en 2012, como una de las menos seguras de acuerdo con la opinión de sus habitantes (Durin, 2012).

En julio de 2009 dejé de radicar en Monterrey, ciudad donde nací y habité por treinta años continuos. Sin embargo, desde ese año y hasta el 2015, regresé cada cuatro a seis meses por un período de entre quince a treinta días. En las primeras dos visitas, en 2009 y en 2010, me percaté de que en los discursos con familiares, amigos y conocidos con quienes entablaba alguna conversación cotidiana, se hacía una reiterada mención a los hechos violentos que se vivían a diario en la urbe, aunado a un sentimiento de miedo por vivir en Monterrey. Prácticamente, todas las conversaciones o bien giraban en torno a los sucesos que se iban perpetrando cotidianamente o bien, en algún momento de una charla cualquiera, mis interlocutores, hombres y mujeres, abordaban el tema de la inseguridad, la violencia y el miedo.

Entonces, a partir de marzo de 2010, comencé el registro etnográfico con énfasis en la expresión subjetiva de los individuos,

a través de los discursos sobre el miedo de habitar Monterrey, tanto en conversaciones cotidianas, como en entrevistas abiertas y semiestructuradas que realicé a 7 individuos regiomontanos (4 hombres y 3 mujeres). El trabajo de campo y la observación participante, me permitió examinar las expresiones corporales de los informantes, vinculadas a los discursos referentes al miedo y sus impresiones.

Paralelamente, durante los meses que me encontraba habitando fuera de Monterrey, me concentré en la consulta hemerográfica y de otros medios de comunicación, acerca de los hechos que diariamente se vivían en la ciudad norteña. Asimismo, con los datos recabados empíricamente en Monterrey, fuera de ella, fui delineando las pautas teóricas y conceptuales pertinentes, ya expuestas más arriba. Finalmente, al regresar a vivir a Monterrey en 2015 (por un año y medio), realicé una encuesta entre 40 regiomontanos, en referencia a la percepción de la inseguridad, 8 años después de comenzada la ola de violencia en la ciudad.

Siendo regiomontana y habitante de la ciudad por toda mi vida, el tomar distancia por períodos prolongados, me permitió hacer una observación distinta a la de los locales y con mayor profundidad del cambio del escenario urbano, de las transformaciones que se iban delineando, tanto en la materialidad territorial, como en los hábitos cambiantes y las nuevas estrategias emprendidas por los sujetos-que-habitan, en la búsqueda de resguardo y seguridad de sí mismo y de los otros.

A continuación, lo que se expone, es el resultado parcial de esa investigación referente a la articulación de las emociones experimentadas en el cuerpo del sujeto-que-habita Monterrey,

a partir de la identificación de tres fronteras. La primera es una frontera espacio-temporal que alude al antes y al después de la guerra contra el narco; la segunda se trata de una frontera geográfica que divide el territorio urbano público-privado como espacios de mayor o menor propensión a la experiencia del miedo y la tercera es una frontera subjetivo emocional entre “temor” y “miedo” experimentado por los habitantes de Monterrey cuyo objeto principal de riesgo es el cuerpo.

### **Fronteras vitales: cuerpo y miedo de habitar**

Entre 2009 y 2013, el comienzo de discursos acerca del miedo a la inseguridad y anécdotas relacionadas a la violencia, surgían constantemente de manera voluntaria; generalmente, acompañado del anhelo de “que todo acabara pronto” para regresar a la normalidad de la vida cotidiana. Del 2013 a 2015, la espontaneidad de tales discursos disminuyó significativamente. Los sujetos dejaron de iniciar conversaciones acerca del miedo o de hilar el tema a una conversación previa; sin embargo, al inducir al tema, se registraron tres constantes: 1) que los sujetos compartan alguna anécdota vivida por ellos mismos o por alguien conocido; 2) que hagan referencia a algún hecho significativo de la historia reciente de Monterrey como clave de intelección; 3) que se establezcan las referencias a partir de un antes y un después de la guerra contra el narco. El antes y el después “de que todo empezara”<sup>7</sup> delinea una frontera espacio temporal en la representación de la geogra-

---

7 Es la oración, junto con “antes de que esto empezara” que se emplea más comúnmente por los regiomontanos para hacer referencia a la guerra contra el narco.

fía urbana, cuyos bordes de riesgo se hallan bien demarcados en la memoria. De entre los espacios abiertos el “antes y allá” refiere a colonias periféricas y marginadas, a lugares poco transitados o con poca iluminación que significaban mayor probabilidad de ser sujeto de la violencia; mientras que los espacios concurridos, bien iluminados y el resto de las colonias “no peligrosas” representaban la seguridad. Del lado del “aquí y ahora”, los lindes se han reducido, la totalidad del territorio urbano supone un riesgo; incluso los espacios público y privado que eran referentes útiles para la experiencia de la seguridad o del miedo, han mermado su eficacia como herramienta interpretativa del entorno.

En entrevista con la señora Mague<sup>8</sup>, de 56 años, ama de casa, madre de cuatro hijos y domiciliada en Cumbres 3er sector, refiere:

Antes no te metías a las colonias del cerro, las peligrosas como la Indepe, la Campana o San Bernabé, porque ibas bajo tu propio riesgo y más en las noches. Pero aquí o en el Centro, andabas con seguridad de ir y venir, de salir a pie hasta en la madrugada a la tienda o que los niños fueran a los mandados. Ahorita ya no. Antes, pues sí, si te tenías que meter a las colonias feas, pues te arriesgabas a que te dieran un golpe, a que te quitaran la bolsa, tus cosas, pero hasta ahí. Ahora te matan por nada, te matan adentro de tu propia casa; llegan y sacan a tus hijos, se los llevan y no vuelves a saber de ellos. (Febrero, 2013)

El discurso sobre el pasado reciente es uno cargado de nostalgia por el sentimiento de pérdida de seguridad y por la añoranza de habitar los espacios urbanos, al que se contrapone el que

---

8 Los nombres de todos los informantes han sido cambiados para mantener el anonimato.

versa sobre el presente, el del miedo a la ciudad. Ambos discursos se alimentan mutuamente en una dinámica de espejo, donde el miedo actual experimentado se justifica por la pérdida de la seguridad pretérita. El miedo, al ser parte de la cultura afectiva, es a la vez interpretación, significación, regulación de un intercambio, “se modifica de acuerdo con el público, el contexto y se diferencia en su intensidad y en sus manifestaciones de acuerdo a la singularidad de cada persona” (le Breton, 2012: 75).

El segundo hijo de Mague, Alfonso, en el 2007 ya contaba 16 años, es decir, que vivió a consciencia el “antes y el después” de la vida en Monterrey. Por su parte, a diferencia de su madre, recuerda que:

Nunca salíamos (sus tres hermanos y él) a jugar a la calle, mis papás no nos dejaban porque era peligroso ni es cierto que nos mandaban a los mandados (se ríe). No nos dejaban ir solos a la casa de mis amigos. Sólo con el vecino de la vuelta y eso porque mis papás son sus padrinos [...] A la escuela empecé a ir solo hasta la facu, ya había empezado todo esto. (Febrero, 2013)

Las referencias espacio temporales no representan necesariamente la realidad urbana o la realidad de lo vivido en la cotidianidad pasada por los sujetos-que-habitan. No se trata, por supuesto, de invenciones deliberadas, sino que los discursos y narraciones se anclan en la memoria, la cual es más o menos imprecisa con respecto a los hechos y, al tejer los discursos, se activa la imaginación (Hirai, 2009), derivando en una narrativa de cierta ficción idealizada del territorio como más pacífico y armónico en el pasado. Este fenómeno no significa -como ya se dijo en el apartado anterior- que mengüe la realidad de las emociones

experimentadas, en este caso, de miedo y de nostalgia, ya que, a partir de la intensidad del miedo experimentado hacia el territorio, el sujeto-que-lo-habita, adecua sus estrategias de habitar la urbe y se desplaza, en tanto sujeto corpóreo, hacia los espacios que interpreta como más seguros.

La casa, espacio privado por antonomasia, ha perdido su significación de resguardo de sí mismo y de los otros que ahí se hallan; su significación como referente de ausencia del miedo, se desvaneció. Se estima que ya en 2009, 1 de cada 20 casas era víctima de robo con violencia; en 2013 el índice aumentó a 1 de cada 28 (ONC, 2016). Me interesa destacar lo registrado acerca de la transformación del uso y distribución del espacio doméstico destinado a las reuniones sociales a partir de diciembre de 2010. En ese período grupos delictivos intensificaron una serie de robos a casas durante las posadas decembrinas. Además de los objetos de valor, incluidos los regalos navideños que robaban, exigían los aguinaldos y en ocasiones, se llevaron consigo a las personas, secuestrándolas. Las fiestas y reuniones, dejaron de realizarse en la parte frontal de la casa, más expuesta al espacio público, para trasladarlas al interior de la casa o al patio.

La frontera del espacio privado se extendió debido al nuevo uso de la casa habitacional o, mejor dicho, a la restricción de su uso derivado del miedo. También el espacio corporal habitado por los sujetos fue constreñido, por el miedo, cada vez más hacia adentro de las casas; asimismo, la fisonomía de la ciudad cambió: el enrejado y los muros se construyeron o se elevaron donde ya los había, incluso por la parte superior, dando un aspecto de jaula a algunas viviendas. Se volvió manifiesta la ausencia de cuerpos

transeúntes en muchos lugares públicos y en los exteriores de las viviendas. Prácticas comunes entre los regiomontanos, como sentarse en las banquetas, a las puertas de la casa, una vez que baja el sol, fueron dejándose atrás. El nuevo paisaje urbano, más solitario, aumentaba la sensación de miedo:

¡Qué iba uno a salir de su casa! Pa' dentro todos. Ya no sabes con qué mañas venga el que pase por aquí. Hasta a las señoras hay que sacarles la vuelta. Mire, yo, desde güerco, salía con mi mamá a la calle (Villagrán, Centro de Monterrey). Ella con las vecinas, en sus pláticas y los niños, pues a lo que nos gustaba: el béisbol, a la corredera y a jugar. ¿Ahora? No le digo que esto es como boca de lobo. Allá atrás, en el patio, que lo usábamos nomás para guardar las herramientas y cosas, vino mi hijo a limpiarlo para que me siente allá, a que me dé al aire, pero a que me siente nomás a ver la pared [...] Claro que eso está mal; está uno encerrado en su propia casa. Pero es así o pasan con las ráfagas entre *malitos* y al que le toca, ni dios le ayuda. (Eugenio, 73 años. Diciembre, 2011).

La medida presidencial tomada durante ese sexenio y sus consecuencias, derivaron en la transformación radical del contexto social. Los sujetos que habitan Monterrey se vieron repositionados ante la situacionalidad territorial; es decir, adquirieron consciencia de su nueva ubicación social, de la mayor o menor sujeción al riesgo según su ubicación espacial en Monterrey. La acción desplegada como respuesta, la modificación de hábitos, de desplazarse o no en el territorio urbano, de modificar sus viviendas y los usos de la misma, alteró de nueva cuenta el contexto espacial, a este fenómeno Barbalet le ha llamado “eficacia social” (2001). De esta manera, aún cuando las fronteras geográficas que delimitan los espacios público y privado no se modificaron ma-

terialmente, el espacio privado sí sufrió una reducción por la restricción del uso corporal, individual y colectivo de ese espacio, originada en el miedo al riesgo que significa.

En julio de 2015 pedí a 40 informantes (20 hombres y 20 mujeres) de 30 años de edad o más que hubieran vivido al menos en los últimos veinte años en Monterrey que enlistaran ¿cuáles son las cinco cosas que más te da miedo que te pase en Monterrey después de que empezó la violencia? Los resultados fueron los siguientes:

MUJERES	HOMBRES
1. Muerte	1. Muerte por arma de fuego
2. Violación	2. Ser herido por arma de fuego
3. Desaparición	3. Desaparición
4. Muerte de un familiar	4. Robo
5. Desaparición de un familiar	5. Muerte/Desaparición de un familiar

Las respuestas evidencian la objetivación del miedo sentido. A excepción del robo mencionado por una minoría de hombres, todos los actos aducidos vulneran el cuerpo propio o de otros. El miedo, que por definición carece de un rostro, analizado como parte constitutiva de la cultura afectiva regiomontana, adquiere significación de “temor” toda vez que el riesgo potencial precisa su ubicación en la corporalidad del sujeto-que-habita Monterrey. La relación del sujeto con su cuerpo vivido, se efectúa en una prolongación de la territorialidad significada colectivamente por el miedo de habitar, pero toma sentido de temor a partir de la corporalidad individual y de las características interseccionales: hombres y mujeres temen perder la vida, pero

los primeros temen más a las armas que las mujeres; éstas temen ser violadas mientras que los hombres no. Ambos temen en igual medida a ser desaparecidos en toda su corporalidad o la de sus familiares. El paso de la frontera del miedo al temor, activa las estrategias de protección que impelen a la reclusión del cuerpo. No es de extrañar pues, que las fronteras geográficas del territorio urbano y de los espacios domésticos se estrechen cada vez más en la búsqueda de protección del bien máximo, la vida, cuyo depositario es necesariamente el cuerpo.

El miedo es una emoción des-ordenada; se experimenta el miedo a lo desconocido precisamente porque no se puede ubicar su referente dentro del orden de las cosas del mundo. No obstante, dentro del sistema clasificatorio construido culturalmente que recibe cada individuo, los potenciales agentes nocivos se hallan inscritos en una taxonomía particular (Mary Douglas, 2007), de la cual, el individuo extrae el referente que se adecue al contexto situacional que padece en aras de poder nombrar al miedo y así, ordenar de nueva cuenta su realidad contra el caos emocional que significa el miedo experimentado individual y colectivamente, en tanto es “angustia por un riesgo o daño real o imaginario hacia sí mismo o hacia los otros” (dle.rae.es).

La frontera invisible entre miedo (sin rostro) y temor (a algo definido) es, pues, un problema de tipo clasificatorio. El inicio de la violencia en Monterrey fue tan repentino, que los esquemas de acción cotidiana se trastocaron en todos niveles. Los potenciales agentes que detentaran la violencia se vieron obnubilados en la indeterminación y las herramientas para la evaluación de las relaciones sociales se volvieron ineficaces. Así, ya no sólo

“los cholos”, “los colombianos”, “los que tuvieran pinta de malandros”, o “los extraños” (son las formas en que los informantes refirieron a los sujetos de temer, antes de la guerra contra el narco) provocaban temor, sino que todo sujeto desconocido, incluidas las autoridades de todos órdenes, generan miedo.

Clasificar las cosas del mundo para hacerlo inteligible, incluidas las emociones, es asunto necesariamente humano; dice Mary Douglas: “pero ningún individuo vive aislado y habrá recibido su esquema clasificatorio de otros. Estas categorías culturales pertenecen a la cosa pública” (2007, p. 59). Entonces, en el proceso de dotar de un nombre a los agentes motivo del miedo, se recurrió a los elementos propios de la cultura afectiva particular y se emplea el término genérico de “malitos” para identificar a los sujetos que acometan actos criminales violentos que tengan las características del narcotráfico.

“Los malitos” fueron personajes de un programa infantil de la televisión local conducido por un payaso desde finales de los setenta hasta los noventa. “Las aventuritas de Pipo”, eran historias de buenos contra “malitos” ambientadas en el viejo oeste. En una entrevista al señor Pepe “el Güero” afirmó lo siguiente acerca del cierre de su puesto de tacos en 2012:

Estuve más de 15 años en el negocio de los tacos y banquetes, claro que en tantos años me robaron. En el puesto fueron dos veces, pero en esosayeres eran ratillas, cholillos que salían de acá, de la colonia de al lado y andaban buscando a quién fregar para *monearse*, para sus vicios [...] No, ya cuando quité mi puesto y todo se lo llevó la chingada, esos fueron *los malitos*. Esos cabrones me cayeron un día y me dijeron: “mira Güero, aquí está bien fácil, o pagas la cuota o te lleva la chingada a ti y a tu

señora”. Ese día traía poco porque todavía era temprano, entonces me llevaron a la casa para que sacara los ahorros y todo. ¿Sí me entiende? ¡Me llevaron a mi casa a que agarrara dinero para dárselos! Y se fueron muy tranquilos los cabrones. Esos no se van con lo del día; a esos hay que darles la cuota o no se tientan el alma (Pepe J. Agosto, 2014).

Como éste, muchos de los hechos violentos que ocurren en el territorio regiomontano ni se denuncian ni se registran en cifras, únicamente los actores sociales que los padecen los mantienen en la memoria. Estas narraciones se comparten con toda precaución pues “nunca se sabe con quién se está hablando” (en el caso de un desconocido) o “quién pueda estar escuchando” (en todos los espacios expuestos a otros). En los lugares públicos o espacios abiertos de las casas, nunca se hablaba de ello. Durante las entrevistas, mis interlocutores se aseguraban de que sus palabras se mantuvieran en la privacidad de sus voces, incluso dentro de las casas, bajaban la voz al narrar los detalles, al hacer referencias directas o descripciones detalladas. Las voces se modulan, los gestos se mesuran, el cuerpo se ejercita en la búsqueda de la confidencia. La emergencia del miedo en el contexto situacional, determina:

las expectativas de los actores respecto de otros actores socialmente significativos y las sanciones sobre el *self* que pueden resultar del intercambio relacional, ya sea de manera real o anticipada (Ariza, 2017: 69).

Siguiendo la cita anterior, en la evaluación de las posibles sanciones también se efectúa un reconocimiento colectivo, en tanto sujetos-que-habitan Monterrey y que comparten en la memoria hechos reales que justifican el miedo a la ciudad. Los

medios de comunicación y los informes oficiales, aseguran que la violencia se ha reducido, pero no concuerda con las pláticas corrientes de los habitantes. Y, aunque, quizás en la realidad empírica las prácticas más cruentas de la violencia han disminuido, el territorio y los sujetos, se han transformado históricamente: no ha habido retorno palpable al estado de la vida antes de la guerra contra el narco. Las nuevas maneras de ejercitar el cuerpo y sus extensiones, el estar ahí de los regiomontanos como sujetos-que-habitan los espacios públicos y privados, así como las narrativas al respecto, se han constituido como parte de una cultura topográfica y simbólica, que delinear la lógica del paisaje urbano contemporáneo.

### Para concluir

Hasta aquí, he hecho mención de algunas estrategias que adoptaron los sujetos-que-habitan Monterrey en relación al miedo y temor que genera el territorio, como sujetos forzados a un desplazamiento espacial cada vez más estrecho. Sin embargo, a catorce años de la declaración de la guerra, en contraposición a aquéllas, nuevas estrategias de habitar se han emprendido colectivamente para la recuperación de los espacios urbanos. Podemos decir que, frente a la reclusión de los cuerpos individuales, en la actualidad, se reclama su liberación en un cuerpo colectivo por el territorio. De la misma manera, hay un reclamo social y político hacia las autoridades porque respondan a los efectos devastadores que dejó ese período: desapariciones forzadas, asesinatos, pérdida de trabajos, de seguridad y de libertad, entre muchas otras deudas.

Los sujetos-que-habitan no son seres pasivos que se articulan solamente determinados por fuerzas externas, sino que son, principalmente, agentes dinámicos en la reconfiguración de su entorno:

[...] los cuerpos dan sentido al espacio urbano y no lo hacen sólo en tanto cuerpos vulnerables y victimizados, sino también como cuerpos articulados, actuantes, expresivos y significantes. Son receptores y a la vez productores de espacio, depositario de memorias (del dolor, de límite) pero también dispositivo de experiencia y narración. (Huffschmid, 2014, p. 123).

Sin embargo, es indispensable el paso del tiempo para hacer inteligibles, individual y comunitariamente, las formas de organización social que se van gestando. Una de las virtudes de este tipo de análisis socioespacial centrado en la subjetividad individual y en las emociones, es que resalta la naturaleza procesual de los fenómenos sociales, en lugar de abordarlos como entidades permanentes e inmutables. Específicamente en el caso de la ciudad de Monterrey en la época a que nos referimos, ante la súbita arribada de violencia, con prácticas y características que no se habían experimentado en el territorio, al menos en el pasado reciente de los actuales urbanitas, resulta forzoso un lapso para comprender, asimilar y luego, ejecutar estrategias de vida acorde a las nuevas estructuras.

Será necesario pues, extender el análisis a épocas más cercanas para enriquecer y confrontar con los datos aquí expuestos; así, lograr el entendimiento del fenómeno social en una mayor escala diacrónica. Asimismo, atender a nuevos acontecimientos,

por ejemplo, como el confinamiento a causa de la pandemia mundial por Covid-19 que, en términos territorialmente localizados, adquieren matices específicos debido a los hábitos adquiridos postguerra contra el narco que he venido narrando aquí. Pues, en contextos donde el miedo y el temor han sido directrices para la ejecución plena de la corporalidad del sujeto-que-habita, pueden llegar a dotar de una lógica de la violencia la vida social. Como afirma Nieto:

La antropología ha podido documentar cómo en situaciones de guerra, conflictos tribales, étnicos y religiosos, o traslados forzados de poblaciones, la vida cotidiana no se borra, no desaparece y el temor, al exacerbarse, se convierte en un organizador del sentido, por así decirlo, en una parte “dura” de la estructura de la cultura (2014, p. 38)

Partir del análisis del cuerpo y de las emociones, determinadas por el territorio y su cultura, es pertinente para comprender dichas transformaciones ya que “el cuerpo y lo que le sucede, se transforma históricamente y por ello no es algo evidente en sí mismo sino construido social y culturalmente” (Sabido, 2014, p. 24). Entonces, enfocar en la subjetividad y en los sentimientos, experimentados en el cuerpo de los sujetos-que-habitan, es una ruta analítica para acceder con profundidad a las versiones culturales íntimas de la sociedad estudiada.

Finalmente, seguir dichas coordenadas, faculta al investigador para establecer un trayecto bidireccional acerca de las maneras en que los factores económicos y la toma de decisiones políticas que afectan el entorno de los sujetos-que-habitan, intervienen en la construcción de subjetividades y, a la inversa,

trasluce cómo las subjetividades operan y transforman la realidad social. En tal panorama, contextualizar la expresión de la cultura afectiva, deviene elemento clave del trabajo antropológico, que prioriza la búsqueda del sentido de la vida social de quien la protagoniza.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar M.A. y Soto P., (2013). *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: UAM-I.
- Ángel, A. (2017). “Grupo criminales crecieron 900% durante la guerra contra el narco de Calderón”, 7 de febrero 2017, en <https://www.animalpolitico.com/2017/02/grupos-criminales-aumentaron-900-la-guerra-narco-calderon/> recuperado el 10 de agosto de 2021.
- Ariza, M. (2017), Vergüenza, orgullo y humillación: contrapuntos emocionales en la experiencia de la migración laboral femenina. *Estudios Sociológicos*, XXXV (103) pp. 65-89. México: El Colegio de México, A.C.
- Augé, M. (1998). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una Antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Barbalet, J. M. (2001). *Emotion, social theory and social structure. A macrosociological approach*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Bautista A., M. (2017). *El murmullo social de la violencia en México. La experiencia de los sujetos afectados por la guerra contra el narcotráfico*. México: UAM-X.

- Bolaños F. L. P. (2016). El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX. *Revista de Estudios Sociales*, (55), 178-191.
- Bourdin, G. L. (2016). Antropología de las emociones: conceptos y tendencias. *Cuicuilco*, 23(67), 55-74.
- Calderón R. E. (2012). La afectividad en antropología: una estructura ausente. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Centro de Investigación y Desarrollo Económicos (CIDE). (2017). Base de datos. Registro de eventos. <https://www.politicadrogas.org/PPD/index.php/observatorio/categorias/id/7.html>
- Diccionario de la lengua española. Real Academia. (2021). Madrid: Real Academia Española. [miedo | Definición | Diccionario de la lengua española | RAE - ASALE](#)
- Douglas, M. (2007). Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación. Argentina: Nueva visión.
- Durin, S. (2012). Los que la guerra desplazó: familias del noreste de México en el exilio. *Desacatos*, (38), 29-42. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2012000100003](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2012000100003)
- Fernández P. A. M. (2011). Antropología de las emociones y teoría de los sentimientos. *Revista Versión nueva época*, 26, 1-24.
- García H. J.L. (2016). El tamaño del fracaso: 186 mil muertos en una década de guerra en México. *Sin embargo*. Diciembre 5, 2016. <https://www.sinembargo.mx/05-12-2016/3121218>

Hirai, S. (2009). *Economía política de la nostalgia: un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: Juan Pablos Editor y UAM- I.

Hufschmid, A. (2014) *La otra materialidad: cuerpos y memoria en la vía pública*, en Aguilar M.A. y Soto P., *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: UAM-I.

INEGI. (2019). Séptima Encuesta Nacional sobre Inseguridad (ENSI). <https://www.inegi.org.mx/programas/ensi/2010/>

le Breton, D. (2012). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2012). Por una antropología de las emociones. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. 10(4), Diciembre 2012-marzo de 2013, 67-77. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904006.pdf>

Lindón, A. (2006). Geografías de la Vida Cotidiana. En A. Lindón y D. Hiernaux (Dirs.). *Tratado de Geografía Humana* (352-396). Barcelona: Anthropos-UAM.

----- (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 2009, 1 (Diciembre). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273220612009%2520ISSN%25201852-8759>

McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra. <https://kolectivoporoto.cl/wp-content/uploads/2015/11/Lin>

[da-McDowell-G%C3%A9nero-Identidad-y-Lugar.-Un-Estudio-de-Las-Geograf%C3%ADas-Feministas.pdf](#)

- Nieto C., R. (2014). La construcción simbólica del miedo en la Ciudad de México. *Nueva Antropología*, XXVII (81) julio-diciembre 2014,33-53. Asociación Nueva Antropología. <https://www.redalyc.org/pdf/159/15936205003.pdf>
- ONC (2016). Incidencia de Delitos de Alto Impacto en México. Observatorio Nacional Ciudadano. [https://onc.org.mx/uploads/170629VERSIO%CC%81N\\_digital\\_FINAL\\_VF.pdf](https://onc.org.mx/uploads/170629VERSIO%CC%81N_digital_FINAL_VF.pdf)
- Pereyra, G. (2012). México: violencia criminal y guerra contra el narcotráfico. *Revista mexicana de sociología*, 74(3).
- Portal, M. (2004). Estrategias simbólicas para enfrentar lo urbano. El miedo como organizador cultural, Ponencia presentada en el XI International Summer School on Religions, en la comunidad de San Gimignano, Siena. [https://comunicacioneinvest3.files.wordpress.com/2012/08/estrategias\\_simbolicas.pdf](https://comunicacioneinvest3.files.wordpress.com/2012/08/estrategias_simbolicas.pdf)
- Rosaldo, M. Z. (1984). Toward an anthropology of self and feeling. En Shweder y Levine (eds.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosen, J. y Zepeda M, R. (2016). Una década de narcoviolenencia en México, *Atlas de la seguridad y la defensa de México*. México: COLMEX.
- Sabido, O. (2014). Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica, en Aguilar M.A. y Soto P., *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: UAM-I.